

# *La prisión de la libertad*



## La meta de un largo viaje

Con ocho años, Cyril conocía todos los grandes hoteles del continente europeo y la mayoría de los de Oriente Próximo, aunque más allá de ello no conocía prácticamente nada del mundo. El portero de dorados galones que en todos los lugares tenía las mismas imponentes patillas y la misma gorra de visera era, por así decir, el centinela de fronteras y guardián del umbral de su niñez.

El padre de Cyril, Lord Basil Abercomby, se encontraba al servicio diplomático de su Majestad la reina Victoria. El departamento en el que ejercía era difícil de definir. Se trataba de los llamados asuntos especiales. En cualquier caso, su trabajo obligaba al Lord a viajar constantemente de una gran ciudad a otra, sin permanecer nunca más de un mes o dos en el mismo lugar. Para estos necesarios desplazamientos, se conformaba con el número mínimo de personal de servicio. En primer lugar, su ayuda de cámara Henry, además de Miss Twigg, la institutriz, una muchacha entrada en años con dientes de caballo que tenía la misión de preocuparse del bienestar de Cyril y enseñarle modales, y finalmente Mr. Ashley, un joven enjuto de carácter anodino, si se prescindía de su inclinación a emborracharse a solas y en absoluto silencio en sus horas de asueto. Servía a Lord Abercomby como secretario privado y ejercía a la vez el papel de tutor, es decir, de profesor particular de

Cyril. La contribución paterna de Basil se redujo estas contrataciones. Una vez a la semana cenaba a solas con su hijo, pero como ambos se guardaban de dejar que el otro intimase, la conversación transcurría más bien con dificultad. Al final, los dos se sentían aliviados cuando se daba por finalizada<sup>1</sup>.

Cyril, ya desde su aspecto, no era un niño que despertara simpatías. Era de figura enjuta —algo que, normalmente, solo se llega a decir de personas de más edad—, de una constitución huesuda, descarnada, por así decirlo, cabello pajizo, incoloro, ojos acuosos, algo saltones, labios gruesos que expresaban insatisfacción y una barbilla insólitamente larga. Sin embargo, lo más extraordinario para un niño de su edad era la absoluta ausencia de gestos de su rostro. Parecía una máscara. La mayoría de los empleados de hotel lo tenían por arrogante. Algunos, sobre todo las camareras de pisos de los países mediterráneos, se asustaban ante su mirada y evitaban encontrárselo a solas.

Por supuesto que aquello resultaba exagerado, aunque había algo en el carácter de Cyril que todos sentían por igual y que despertaba lo mismo en cuantos se relacionaban con él: en concreto, su excesiva fuerza de voluntad. Por suerte, solo se revelaba de vez en cuando, porque habitualmente se comportaba más bien de manera indolente, no mostraba ningún interés concreto y parecía carecer por completo de temperamento. Por tanto, podía permanecer sentado días enteros en el vestíbulo del hotel y observar a los que llegaban o partían, o leyendo lo que encontraba en cada momento, fuese un diario de economía o la guía de los baños termales, olvidando de inmediato lo leído. Pero esa actitud de indiferencia cambiaba de modo radical cuando tomaba una decisión. Entonces no existía nada en el mundo que lo distrajese. La fría cortesía con la que comunicaba su voluntad no dejaba lugar a la réplica. Si alguien intentaba

oponerse a su orden, simplemente enarcaba las cejas un poco asombrado, y entonces no solo Miss Twiggle y Mr. Ashley, sino incluso el respetable ayuda de cámara Henry se plegaba en el acto a su deseo. Cómo lo perpetraba el muchacho era algo que no se explicaba ninguno de los afectados, y él lo tenía por tan natural que no se detenía a pensar en ello.

En una ocasión, por ejemplo, en la cocina del hotel en la que de vez en cuando husmeaba para callado disgusto de los cocineros, vio una langosta viva, y ordenó de inmediato que se la llevara a su bañera. Así se hizo, a pesar de que el crustáceo había sido encargado para la cena por un cliente del hotel. Cyril observó durante media hora a la extraña criatura, pero como no hacía nada más que saludar de vez en cuando con sus largas antenas, perdió el interés, se marchó y no volvió a pensar en ella. Solo por la noche, cuando quiso bañarse, se acordó, la sacó al pasillo y la dejó libre allí. El animal se arrastró hasta debajo de un armario y no volvió a aparecer. Pasaron algunos días hasta que un olor a podredumbre alarmó al personal del hotel, que tuvo ciertas dificultades para encontrar el origen del desagradable olor. En otra ocasión, Cyril obligó al jefe de recepción de un hotel danes a realizar durante varias horas con él un muñeco de nieve, que hubo de ser después colocado en el vestíbulo, donde se derritió lentamente. En Atenas, tras un concierto de piano que se había celebrado en el salón del comedor, hizo subir tanto al piano de cola como al pianista a su habitación, donde obligó al desdichado artista a enseñarle sin dilación a tocar el instrumento. Cuando tuvo que admitir que era obvio que se necesitaba ensayar durante un tiempo mayor, le dio un ataque de ira que sufrió especialmente el piano de cola. Después enfermó de gravedad y, febril, debió guardar cama varios días. Cuando Lord Basil supo de tales excéntricos comportamientos de su hijo, parecía más divertido que indignado.

«Es un Abercomby», solía ser su impasible comentario. Seguramente quería decir que en la larga lista de sus antepasados había habido todo tipo de lunáticos y que, por tanto, los caprichos de Cyril no debían medirse por el mismo rasero que los de la gente corriente.

Cyril, por cierto, había nacido en la India, pero apenas recordaba el nombre de la ciudad y menos aún el del país. Su padre estuvo destinado por aquel entonces en el consulado. De su madre, Lady Olivia, solo sabía lo que Lord Basil le había contestado a sus preguntas en palabras ciertamente escuetas en una ocasión; en concreto, que pocos meses después de su nacimiento se había escapado con un violinista ambulante. Era evidente que el padre no gustaba en absoluto de conversar sobre el tema y el hijo no volvió a preguntarle jamás. Por Mr. Ashley supo después que no se trataba de un violinista ambulante sino del en su tiempo mundialmente famoso virtuoso del violín Camillo Berenici, el ídolo de las damas europeas. Pero aquella relación romántica se disolvió apenas un año después, tal y como suele ser habitual en los *affaires* de este tipo. Mr. Ashley parecía contar lo ocurrido no sin diversión, pero quizás solo estuviese algo bebido y en consecuencia algo locuaz. El escándalo social, continuó relatando, había sido, por supuesto, memorable. Lady Olivia se había retirado después por completo del mundo y vivía desde entonces, casi en absoluta soledad, en una de sus haciendas en South-Essex. Oficialmente, por cierto, Lord Basil nunca se divorció de ella, pero había quemado todas las imágenes y daguerrotipos que existían de su esposa y jamás, salvo en aquella ocasión, volvió a pronunciar su nombre. Cyril, por consiguiente, ni siquiera conocía el aspecto de su madre.

Por qué Abercomby arrastraba a su hijo con él por el mundo en lugar de ingresarlo en un internado apropiado para los de su clase es algo que nadie sabía explicar a ciencia cierta y daba pie a todo tipo de especulaciones.

No podía tratarse de afecto paternal, pues era por todos conocido que más allá de sus obligaciones diplomáticas, se interesaba únicamente por su colección de armas y objetos militares, que acrecentaba con continuas compras por todo el mundo y que enviaba a Claystone Manor, la sede principal de la familia, para gran disgusto del viejo mayordomo Jonathan, que ya no sabía dónde colocarlas. En realidad, el motivo residía en el temor a que Lady Olivia pudiese intentar establecer en secreto algún tipo de contacto con su hijo si él no ejercía de forma permanente el control de la situación. Abercomby pretendía evitar por completo aquella posibilidad, no por el muchacho, sino como castigo a su esposa por la humillación que le había infligido. Por esa razón, evitó durante todos esos años volver a Inglaterra, a menos que fuese en acto de servicio y por unos pocos días, durante los cuales dejaba a su hijo en el extranjero al cuidado de su personal.

En una aquellas ocasiones sucedió que el muchacho sorprendió a sus dos instructores en una situación muy embarazosa. Era de madrugada cuando por alguna razón se despertó y llamó a la institutriz, que dormía en la habitación contigua. Como no recibió respuesta se levantó y fue a ver qué ocurría. La cama de Miss Twiggles estaba sin deshacer. Se dispuso a buscarla. Cuando pasó junto a la habitación del tutor escuchó ruidos extraños, contenidos. Abrió la puerta con cuidado. Lo que vio le interesó, por eso, entró sin que lo notaran, se sentó en la silla y observó atento la escena. Mr. Ashley y Miss Twiggles, ambos semidesnudos, rodaban sobre la alfombra con los miembros entrelazados, como en un combate de lucha libre en el que él gruñía y ella gimoteaba. Encima de la mesa había una botella de whisky vacía y dos vasos medio llenos. Al cabo de un rato ambos parecieron desfallecer y se detuvieron, jadeando. Cyril tosió con discreción. La pareja se incorporó aterrada y los dos le miraron

con los rostros acalorados. No sabía bien cómo juzgar la situación, pero leyó la vergüenza y la culpa en las miradas de ambos. Eso le bastó. Se levantó y regresó a su habitación sin decir una sola palabra. Ninguno de ellos mencionó en los días siguientes el suceso y también Cyril calló. Al comportamiento hasta entonces ya de por sí bastante desvalido de la gobernanta y del tutor, se unió desde ese momento una especie de inferioridad que Cyril disfrutó por completo. Aunque no sabía con exactitud el porqué, percibió con claridad que moralmente los tenía a ambos en el bolsillo. Para remarcar la distancia entre él y ellos, insistió en disponer de ahí en adelante una mesa para él solo para cenar. Que debido a ello tuviese clavada la mirada del resto de los clientes, en secreto o sin disimulo, como un animal extraño en el zoológico, no le molestaba lo más mínimo. Después se sentaba, a solas la mayoría de las veces, durante dos horas en el *lounge*. Cuando Miss Twiggle le pedía con timidez que por favor se marchase a la cama, la mandaba callar sin vacilar y la hacía retirarse. Se quedaba sentado como alguien que solo se dedica a perder el tiempo hasta que llega el momento de marcharse. Y, de hecho, Cyril esperaba. En el fondo, esperaba desde que había llegado al mundo, aunque no supiese a qué.

Aquello cambió cuando una tarde en la que paseaba por el alfombrado corredor del hotel «Inghilterra» de Roma escuchó un reprimido pero desgarrador sollozo a través de una ventana oculta tras una maceta de palmeras de grandes hojas. Se acercó con pasos sigilosos y descubrió una niña pequeña, más o menos de su edad, que estaba acurrucada con las piernas en alto sobre una de las grandes butacas de piel, apretado su rostro en el reposabrazos y deshecha en lágrimas. El espectáculo de tal impúdica muestra de arrebatados sentimientos era para él algo nuevo y asombroso. Lo contempló todo unos instantes en silencio antes de preguntarle finalmente:

—¿Puedo hacer algo por usted, Miss?

Ella giró hacia él su su lloroso rostro, lo miró enfurecida y le gruñó:

—¡Deja de mirarme como un tonto con esos ojos de besugo! ¡Déjame en paz!

Él nunca había escuchado un inglés tan vulgar, tan particular, como el que ella estaba utilizando.

—Lo siento, Miss —le respondió con una leve inclinación—. No quería molestar.

Ella parecía esperar a que se fuese, pero él no lo hizo.

—Lárgate de una vez —resolló ella—. Preocúpate de tus propios asuntos.

A pesar de su rudeza, sus palabras sonaban ya algo menos antipáticas.

—Por supuesto —dijo él—, lo entiendo a la perfección, Miss. ¿Me permite que me siente un momento?

Ella le arrojó una mirada indecisa, porque no tenía claro si se burlaba de ella o no. Entonces se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. Las butacas no me pertenecen. Se sentó frente a ella y vio cómo se sonaba la nariz.

—¿Alguien ha perpetrado algún tipo de agravio contra usted? —preguntó por fin.

La muchacha resopló.

—Sí, tía Ann. Ella me convenció para venir a este abominable viaje por Europa. Y ya llevamos casi cuatro meses fuera de casa. Cuatro meses, lo entiendes, porque lo ha pagado todo por adelantado, un montón de dinero, dice, y no quiere arrojarlo por la ventana solo porque yo se lo pida.

Cyril reflexionó durante un rato y después opinó:

—En confianza, Miss, no veo qué puede haber tan insoportablemente doloroso en eso.

—Aj —dijo impaciente—, simplemente tengo añoranza de casa, terrible añoranza.

—¿Usted tiene... qué? —preguntó él, desconcertado.

La muchacha siguió cotorreando, como si no hubiese escuchado la pregunta de Cyril.

—¡Si al menos me dejase volver sola! No exijo que venga conmigo. Simplemente cogería el próximo barco y viajaría a casa. Me da igual lo que tarde, en cualquier caso iría en la dirección correcta. Me sentiría mejor de inmediato, cada día un poco mejor. Papi y mami podrían quizás recogerme en Nueva York porque no estoy familiarizada con los ferrocarriles.

—¿Está usted enferma, Miss? —preguntó Cyril.

—Sí... no... bueno, ¿yo qué sé? —ella lo miró irritada—. En cualquier caso, una cosa es segura, si no puedo volver de inmediato a casa, moriré.

—¿De verdad? —preguntó él, interesado—. ¿Y por qué?

Y entonces ella le habló de una pequeña localidad en algún lugar del medio oeste de los Estados Unidos donde vivían su padre y su madre junto a sus hermanos pequeños Tom y Aby, y Sarah, la negra vieja y gorda que conocía tantas canciones e historias de fantasmas, y su pequeño perro Fips, que sabía cazar ratas e incluso una vez se las vio con un tejón, y del gran bosque detrás de la casa donde había unas bayas especiales, y de un cierto Mr. Cunnigle, que tenía una tienda en el pueblo vecino en la que se podía comprar de todo y en la que olía así y asá, y de otras mil cosas irrelevantes. Se fue entusiasmado a medida que hablaba, parecía sentarle muy bien nombrar cada detalle, por muy poca importancia que este tuviese.

Cyril escuchaba y trataba de entender qué demonios había tan especial en todo aquello como para que alguien en el mundo no se lo quisiese perder ni siquiera durante dos meses. La muchacha, por su parte, parecía sentirse comprendida, pues al final le agradeció su interés y lo invitó a visitarla cuando se encontrase por aquellos contornos. Después la pequeña se marchó visi-

blemente consolada y aliviada. Él ni siquiera pudo enterarse de su nombre.

Al día siguiente seguramente había continuado viaje con su tía, pues no pudo encontrarla por ningún sitio y no quiso preguntar por ella. En el fondo, ella no le importaba en absoluto. Lo que le interesaba era en realidad el singular estado de la muchacha, eso que ella había llamado añoranza y que él era incapaz de imaginarse. Por primera vez tomó conciencia de que él nunca había tenido algo como un hogar, nada que hubiese echado de menos y por lo que suspirase. Algo le faltaba, eso era evidente, pero no podía estar seguro de si aquello representaba una ventaja o una carencia. Decidió investigar el asunto.

A Mr. Ashley y Miss Twigg y sobre todo a su padre no les dijo nada, pero a partir de entonces intentó a menudo entablar conversación con personas desconocidas. Antes o después llevaba la conversación hasta el punto en el que le hablaban de su hogar. Le daba igual que se tratase de niños o de viejas damas y señores, de la camarera de piso, del botones o del director del hotel, porque pronto pudo constatar que todos, sin excepción, parecían hablar de buena gana sobre el particular y a menudo una sonrisa iluminaba sus rostros. A algunos les brillaban los ojos y se volvían locuaces, otros caían en la melancolía, pero todos parecían darle mucha importancia al asunto. Aunque los detalles diferían en cada uno, las descripciones, en cierto modo, se asemejaban. Nunca se trataba de algo extraordinario, especial, algo que hubiese justificado tal despliegue de sentimientos. Y otra cosa le llamó la atención: ese hogar no tenía por qué ser el lugar donde uno había nacido. Tampoco coincidía con la residencia actual. ¿Cómo se precisaba entonces y quién lo hacía? ¿Lo hacía cada uno según su propio parecer? ¿Por qué entonces no tenía él algo semejante? Aparentemente, todos los seres humanos salvo él poseían algo así como un

santuario, un tesoro, cuyo valor no estaba en algo tangible, en nada a lo que se pudiese señalar, pero que a pesar de todo constituía una realidad. Le pareció insoportable la idea de que precisamente él se encontrara excluido de una posesión así. Estaba decidido a conseguirlo a cualquier precio. En algún lugar del mundo debería haber reservado algo así también para él.

Cyril obtuvo de su padre el permiso para hacer excursiones más largas fuera de cada hotel. No obstante, le fue concedido bajo la estricta condición de realizar tales salidas en la ineludible compañía de Mr. Ashley o Miss Twiggle, o de ambos a la vez.

Al principio hicieron algunas excursiones los tres juntos, pero Cyril pronto se sintió incomodado, porque los dos instructores se preocupaban principalmente el uno del otro. Miss Twiggle parecía sufrir terriblemente junto a Mr. Ashley por alguna razón desconocida. Todas sus palabras contenían reproches hacia él. Mr. Ashley, en cambio, respondía con frialdad y desprecio. Cyril no sentía aprecio por ninguno de los dos, pero si tenía que elegir —y eso parecía inevitable—, prefería a Mr. Ashley para lograr sus fines particulares. Para sorpresa, y un poco también para disgusto del tutor, que fuera de las horas de servicio y lectivas se había acostumbrado a seguir sus propias y no siempre moralmente estrictas diversiones, Cyril parecía decidido a acompañarle a todas partes. Mr. Ashley, que desconocía los verdaderos motivos de su alumno, suspiraba en secreto, pero por otro lado se sentía incluso un poco orgulloso porque contemplaba el súbito interés despertado en el muchacho por paisaje y paisanaje como el resultado de sus esfuerzos instructivos durante tantos años.

Al principio se limitó a enseñarle las avenidas y plazas, los palacios, iglesias, ruinas de templos y otros monumentos que en aquel tiempo pertenecían al estándar cultural de cualquier viajero inglés. Cyril lo contempla-

ba todo con minuciosa atención, pero lo que veía parecía dejarle indiferente. Para satisfacer las no formuladas expectativas del muchacho, Mr. Ashley continuó y recorrió junto a él algunos alrededores menos conocidos: arrabales y chabolas, zonas portuarias y cuchitriles, pero también montañas y calas fuera de las ciudades, desiertos y bosques. Durante aquellas visitas se formó entre ambos una especie de relación de camaradería que finalmente motivó a Mr. Ashley a llevar a su alumno no solo a peleas de gallos y carreras de galgos, sino también a representaciones de vodevil y otras diversiones aún más cuestionables. Cuando finalmente estuvo seguro de poder contar con la discreción de Cyril, y porque no lograba deshacerse de él, acabaron incluso de vez en cuando en casas de dudosa reputación, donde el alumno debía esperar en el salón a su maestro, hasta que este regresaba de su urgente conversación cara a cara con una de las damas del local. Cyril lo registraba todo con gesto impasible, porque un hogar, eso lo había aprendido en sus innumerables conversaciones, podría hallarse, al fin y al cabo, en cualquier sitio. En vano esperó alegrarse o entristecerse con alguna de aquellas vivencias. Nada de todo lo que vio significó algo para él. Pero eso, naturalmente, lo guardó para sí.

Aquellas discutibles excursiones de estudios no pudieron permanecer demasiado tiempo ocultas al padre. Hacía tiempo que el rumor se había divulgado por toda la sociedad victoriana y despertado no poca indignación. Solo Lord Abercomby estaba, como a veces sucede en estos asuntos, *in albis*. Pero, una noche, algunos días después del duodécimo cumpleaños de Cyril, padre e hijo se encontraron en un establecimiento de la vida frívola madrileña, de moda en aquella época. El muchacho estaba sentado en el salón recibidor en un diván oriental, entre drapeados y plumas de pavo real, rodeado de cuatro jóvenes damas en *negligé*, que, recostadas, charlaban

animadamente con él y —¿cómo podría ser de otro modo?— le hablaban acerca de sus respectivos hogares. Lord Abercomby pasó sin decir palabra delante de su hijo, como si no lo conociese, y abandonó la casa de le-nocinio. Sin embargo, al día siguiente, Cyril se enteró a la hora del té de las cinco de que el tutor había sido despedido sin previo aviso. Ni una palabra se habló entre padre e hijo sobre lo sucedido porque era una época de moral estricta. Dos días después, Miss Twiggle se despidió del Lord con el rostro sereno, pero con la nariz enrojecida del llanto. Cuando estuvo a solas con Cyril, le confesó:

—Seguramente aún no eres capaz de entender todo esto, querido. Pero Max, me refiero a Mr. Ashley, es el primer y único amor de mi vida. Lo seguiré adonde vaya, sea al cielo o al infierno. Piensa en mí, en el futuro, cuando tú también seas capaz de amar —entonces intentó besarlo para despedirse, algo que Cyril evitó con éxito.

La búsqueda de un nuevo tutor y una nueva institutriz fue innecesaria, pues tres semanas después le llegó al Lord la noticia telegráfica de que Lady Olivia había muerto de una larga enfermedad que posiblemente había contraído en la India. Padre e hijo viajaron sin dilación a South-Essex y participaron en el solemne funeral, el cual, como no podía esperarse de otro modo, tuvo lugar bajo una lluvia torrencial. Esa fue la primera ocasión en la que Cyril pisó el suelo de Inglaterra. Si acaso esperaba que allí le asaltase algún tipo de sentimiento hogareño, aunque fuese muy leve, pero resultaría desencantado. También la residencia principal de los Abercombys, Claystone Manor, donde viajó a continuación en compañía de su padre, resultó más bien una decepción. Aquel caserón inmenso, oscuro, a rebosar de armas, que comparado con los hoteles internacionales no disponía de ningún confort y en el que continuamente se

pasaba frío, le resultaba, y esto lo sentiría por siempre, absolutamente extraño.

El hecho de que la madre hubiera dejado todo su patrimonio como único heredero a su hijo, a quien salvo algunos meses tras su nacimiento nunca había visto, es algo que Lord Abercomby ocultó a su retoño. Tenía la intención de no aleccionarlo al respecto hasta el día de su mayoría de edad para evitar que le asaltasen posibles sentimientos infantiles de agradecimiento. También aquello formaba parte del castigo —entretanto, póstumo— a su infiel esposa.

Revelada innecesaria la necesidad de seguir cargando con el muchacho por el mundo, lo internó de inmediato en una de las famosas instituciones de enseñanza de las clases altas, el College en E.<sup>2</sup>, donde muchachos ingleses son educados para convertirse en hombres ingleses. Cyril se sometió a los inconvenientes pedagógicos con firme y despreciativa indolencia e hizo notar con claridad a sus compañeros de clase, pero sobre todo a sus maestros, que no se tomaba a ninguno de ellos en serio. Pero como era un alumno extraordinario —en ese punto hablaba ya ocho idiomas casi sin errores— se le tenía por faro del College, a pesar de que nadie le tenía demasiado afecto. Al terminar el College ascendió, conforme a su nivel, a O.<sup>3</sup> en cuya universidad comenzó a estudiar Filosofía e Historia. Después de pocos semestres —extrañamente volvió a ser poco después de su cumpleaños, esta vez el vigésimo primero— recibió la visita inesperada de Mr. Thorne, el abogado de la familia. El venerable caballero tomó asiento resollando en una silla y comenzó a preparar con rebuscadas palabras al joven para —como él dijo— un «trágico acontecimiento». Lord Basil Abercomby había caído con tan mala suerte del caballo durante una caza de zorros en las cercanías de Fontainebleau que se había desnucado. Cyril recibió la noticia con el rostro impasible.

—Usted es ahora, por tanto —dijo Mr. Thorne, al tiempo que se secaba con un pañuelo la frente y la papada— no solo el heredero del título de su venerable padre, sino también el único heredero tanto del patrimonio paterno como materno, el propietario de los bienes mobiliarios e inmobiliarios de ambos legados, ya que usted, mi respetado joven amigo, es el único descendiente de ambas familias. Me he permitido traerle todos los títulos, documentos, cuentas y balance, para que usted pueda de inmediato, si lo desea, revisarlo todo.

Sacó un pesado maletín y la colocó con esfuerzo sobre las rodillas.

—Gracias —dijo Cyril—, no se moleste.

—Oh, ya entiendo —opinó Mr. Thorne—, lo solucionaremos más adelante. Perdóneme usted, no pretendo ser irrespetuoso. ¿Tiene usted algún deseo especial en relación con el funeral?

—No que yo sepa —añadió Cyril—. Lo dejo a su discreción. Seguro que hará lo necesario.

—Por supuesto, Milord. ¿Cuándo piensa usted partir?

—¿Adónde?

—Bueno, al entierro de su padre, supongo.

—Mi querido Mr. Thorne —dijo Cyril—, no veo por qué he de hacer algo así. Aborrezco tales solemnidades. Haga usted con el cadáver lo que considere oportuno.

El abogado tosió, su cara enrojeció.

—Sí, por supuesto... —dijo, buscando serenarse—. Es un secreto a voces que entre usted y su padre no había, cómo lo diría, una gran afinidad, pero, aun así, creo que ahora que ha fallecido, perdone usted que me permita recordarle que hay ciertas obligaciones filiales.

—¿Sí? —preguntó Cyril y arqueó un poco las cejas.

Mr. Thorne abrió indeciso el maletín y lo volvió a cerrar.

—Por favor, no me malinterprete. Milord, eso es, por supuesto, decisión exclusiva de su incumbencia. Solo

quería señalar que la opinión pública observará todos los detalles de un acontecimiento así.

—¿Oh, lo hará? —preguntó Cyril, aburrido.

—Sí, bueno —dijo Mr. Thorne—, y en lo que respecta a los asuntos de la herencia, sugiero...

—Véndalo usted todo —le pisó la palabra Cyril.

El abogado lo miró petrificado y con la boca abierta.

—Sí —continuó diciendo Cyril—. Me ha entendido correctamente, respetado amigo. No quiero conservar nada de aquello. Así que convierta en dinero todo lo que aún no es dinero. Usted sabrá sin duda mejor que nadie cómo puede realizarse.

—¿Se refiere —exclamó Mr. Thorne—, a las fincas, bosques, castillos, obras de arte, la colección de su señor padre...?

Cyril asintió.

—Deshágase de ello. Véndalo.

El viejo caballero boqueó como un pez fuera del agua. Su rostro se tornó violeta.

—Deberíamos meditarlo a fondo, Milord. Quizás estamos ahora en un determinado estado sentimental que... Para decirlo de modo preciso, Milord: no puede usted hacer eso. No es posible. De ningún modo. Llevo cuarenta y cinco años como abogado de confianza de su familia y debo decirle que eso sería... sería... contra toda... Piense usted, se lo ruego, al fin y al cabo se trata de una propiedad que sus antepasados, en el transcurso de siglos... No, escuche usted, Cyril, si puedo llamarle así, está usted moralmente obligado a legarle todo esto a sus descendientes...

El joven Lord le dio la espalda de modo abrupto y miró por la ventana. Fríamente, pero con evidente impaciencia en la voz, respondió:

—No tendré descendientes.

El abogado elevó sus gruesas manos en señal de rechazo.

—Querido muchacho, eso a su edad no se sabe a ciencia cierta. Podría ser que...

—No —lo interrumpió tajante Cyril—, no podría ser. Y no me llame usted querido muchacho —se giró de nuevo hacia él y lo miró con frialdad—. En el caso de que usted tenga reparos insuperables, Mr. Thorne, sin duda se encontrará sin dificultad a otra persona para dicha tarea. Buenos días.

Mr. Thorne, visiblemente furioso por el vergonzoso trato que se le había dispensado inmerecidamente, tomó la decisión de no aceptar por el momento aquel, como él dijo, «encargo inmoral y sin escrúpulos». Pero ya durante el viaje de vuelta a Londres su excitación fue diluyéndose hacia juicios más razonables. Tras haber consultado los dos siguientes días con todo detalle con sus dos colegas, Saymor & Puddleby, llegó a la conclusión que ya solo el margen de beneficio absolutamente legal que era de esperar por las comisiones de la venta era de tal magnitud que superaba notablemente todo el perjuicio que sufriría en su bufete, hasta ese momento de intachable reputación, debido a su responsabilidad en el previsible escándalo.

En un escrito de alegaciones rebosante de cláusulas dirigido al joven Lord, Mr. Thorne & Co. declaraban su inmediata disposición a ocuparse de la transacción, recibéndolo a vuelta de correo con la firma de Cyril Abercomby. El asunto se puso en marcha. Cuando la opinión pública supo del asunto —algo inevitable— se desató un vendaval de indignación. No solo la alta nobleza y todas las clases privilegiadas del reino expresaron su gran y unánime repulsa hacia el enorme desprecio al sentido de la tradición y la conciencia de clase, sino que la cuestión se debatió incluso en el Parlamento durante algunos días; sí, incluso en los pubs de la clase baja se dieron acaloradas discusiones en torno a la cuestión de si una persona de tal jaez podía seguir teniendo derecho a llamar-

se súbdito de su Majestad. Desde el punto de vista jurídico no existía, en cambio, ningún motivo contra aquella «liquidación de cultura y dignidad inglesa», como diversos diarios la definieron, puesto que Mr. Thorne & Co. se había preocupado inteligentemente de que así fuera al formular las condiciones.

Al propio Cyril todo aquel revuelo que había provocado le traía sin cuidado. Había interrumpido en el acto sus recién iniciados estudios y hacía tiempo que se había marchado del país. En los años siguientes viajó sin un destino concreto, guiado por su capricho y el azar, por las ciudades y países del mundo, pero ahora no solo, como cuando su padre vivía, por Europa y Oriente Próximo, sino también por África, India, América del Sur y el Lejano Oriente. Se aburría casi mortalmente, pues ni paisajes ni monumentos, ni océanos ni costumbres y tradiciones de pueblos extraños le despertaban algo más que un interés superficial por el que no merecía la pena abandonar la comodidad de los correspondientes grandes hoteles, ni siquiera fugazmente. Al no ser capaz de encontrar en ningún lugar el secreto de su propia pertenencia a alguna cosa de este mundo, las demás maravillas eran para él inexpressivas e insignificantes. Su único acompañante en aquellas odiseas era un sirviente, de nombre Wang, que le había comprado en Hong Kong al jefe del sindicato del opio. Wang tenía la capacidad, rayana en lo sobrenatural, de no existir cuando no se le necesitaba, pero encontrarse siempre presente cuando su amo requería de sus servicios. También parecía conocer de antemano sus deseos, de modo que apenas necesitaban intercambiar palabras entre ellos.

En un principio, la aristocracia inglesa había acordado tácitamente boicotear la venta de la herencia de Abercomby, pero pronto recibió un buen, o si se así se quiere, mal escarmiento. Apareció un no pequeño número de extranjeros que provocaron la subida de precios con sus

ofertas. Cuando finalmente un millonario americano del caucho, de nombre Jason Popey, compró sin vacilar Claystone Manor con todo lo que contenía —incluso se quedó con el viejo mayordomo Jonathan—, el orgullo nacional recibió un duro golpe. Para salvar lo que aún podía salvarse, hubo por parte de las familias ricas y poderosas del Imperio una gran demanda sobre todo lo que aún quedaba disponible. En honor de Mr. Thorne & Co. ha de decirse que siempre favorecían a tales compradores, aunque a veces tuviesen que rebajarles el precio. En cualquier caso, el joven Lord Abercomby, tres años después de la muerte de su padre, se contaba entre los cien hombres más ricos de esta tierra, al menos en lo que respectaba a su cuenta bancaria.

La tormenta fue amainando y la sociedad encontró otros temas de conversación. La única pregunta que de vez en cuando aún removía a algunas almas —sobre todo a las de madres de hijas casaderas— era qué tenía pensado hacer Cyril Abercomby con esa inmensa cantidad de dinero. Hasta donde se sabía, no frecuentaba el juego ni participaba en apuestas de ninguna clase. Tampoco tenía otro tipo de costosas pasiones, como por ejemplo coleccionar jarrones Ming o joyas indias. Vestía impecable, pero sin ostentación. Vivía conforme a su nivel social, pero únicamente en hoteles. No mantenía a onerosas amantes o se entregaba a otros vicios aún más discretos. ¿Qué pretendía hacer con el dinero? Nadie lo sabía, y él menos que nadie.

Durante la década siguiente, Cyril continuó con su agitada vida viajera. Se había acostumbrado de tal modo a lo que él llamaba su «Quest», que se había convertido para él en lo más natural. Por supuesto que había perdido hacía tiempo la inocente esperanza de sus años de juventud de encontrar en algún momento y en algún lugar lo que bus-

caba. Al contrario, ya no lo deseaba, le hubiese resultado un gran estorbo. Describía su situación con la siguiente fórmula: la longitud del camino es inversamente proporcional a la posibilidad de desear alcanzar la meta. En ello residía según su punto de vista la ironía de todos los anhelos humanos; el verdadero sentido de toda expectativa descansaba precisamente en que siempre quedaba incumplida, pues todo lo logrado, en último término, acabaría siendo una decepción. Sí, Dios mismo hacía bien en incumplir todas las promesas que le había hecho al género humano en los tiempos remotos. Suponiendo que llegase algún desdichado día a la idea de cumplir su palabra —que el Mesías realmente volviese entre nubes, que el Juicio Final realmente se celebrase, que la Jerusalén celestial realmente descendiese de las alturas—, el resultado no podría ser otro que un ridículo de dimensiones cósmicas. Demasiado tiempo había hecho esperar a sus creyentes como para que ahora cualquier acontecimiento, por muy grandilocuente que fuese, no provocase otra reacción en ellos que no fuese un generalizado: «¿Ah, sí, esto es todo?». Por otro lado, sin duda era sabio por parte de Dios (siempre suponiendo que existiese) no retractarse nunca de ninguna de sus promesas. Pues la esperanza, y solo ella, mantenía el mundo en marcha.

Para alguien que había jugado cara a cara a las cartas con el destino, no era por supuesto sencillo continuar con el juego. Pero, a pesar de todo, Cyril lo hacía, incluso con cierta burlona diversión. Era consciente de contarse entre esos eternamente insatisfechos que se habían imaginado cada océano más grande, cada montaña más alta, cada cielo más vasto, pero eso no le hacía sentirse infeliz. Solo que su indiferencia hacia el mundo y los hombres se extendía ahora también hacia sí mismo, hacia su propia vida, que no le importaba ya mucho, sin que por ello hubiese sentido el deseo de liberarse de ella.